

que deberían volver los «críticos»), en tratándose del villista Guzmán, el libro *A orillas del Hudson* (el río Hudson de Nueva York), libro años posterior, supera a *La querrela de México*, escrito en Madrid en 1915, lo inconcuso es que su condición de clásico prodúcese a la vera del Manzanares. Dos veces marcha Guzmán a España. En 1915, coincidiendo con Acevedo y Reyes; y en 1925, para permanecer, salvo una interrupción parisiense, hasta 1936. Es en esta segunda etapa cuando, en jornadas robadas a la redacción de *El Debate* y a la tertulia del *Regina*, mirador de Alcalá, escribe *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*. Amén de otros textos, no menos avanzados, a los que no hemos hecho justicia: *Mina el mozo*, *Filadelfia*, *paraíso de conspiradores* y *Mares de fortuna*. Dos son sus domicilios principales: Castelló 44 Duplicado y Velázquez 27.

Sujeto hoy, en su patria, de una aviesa (¿envidiosa?) campaña de menoscabo, Guzmán dejó pendientes, entre otros trabajos, sus *Memorias de España*; de las que, insuficiente consolación, contamos con un adelanto: *Crónicas de mi destierro*. Aquí están: el tráfico madrileño de los años veinte; el Buen Retiro; el estreno de *El Coloso de Arcilla*, drama de Luis Araquistáin; el periódico *El Sol*; la crónica memorable (contenido, forma) de los funerales de Pablo Iglesias; una velada literaria, a principios de 1926, en casa del pintor Ricardo Baroja (partícipes: Valle-Inclán, Azaña, Marquina, Grau, Baeza, Maeztu, la Nelken); una tarde gloriosa de *Litri* («La maestría interna, la cual hay que adivinar a través de la perfección misma de la obra, porque en fuerza de superar sus esfuerzos no se manifiesta»); recorridos por el Guadarrama; la polémica inauguración en la Castellana del monumento a Ramón y Cajal; el sabotaje de Valle-Inclán al estreno, en el otoño de 1927, de *El hijo del diablo* de Joaquín Montaner. Aquí está, también, esa estampa que siempre me acompaña cuando, procedente de la Montera, Alcalá o La Carrera de San Jerónimo, aparezco en la Puerta del Sol:

La angustia de andar por la calle —eso que antes era un placer— toca en Madrid límites extremos. A la una del día la gente no se vuelve loca en la Puerta del Sol gracias a una complicación más, chusca y refrescante. A esa hora las mangueras de la limpia lanzan por el aire de la hermosa plaza grandes chorros de agua que a muchos asustan, a nadie mojan y a todos divierten. Después, mezclado con el olor del piso húmedo, queda flotando en la atmósfera una sonrisa de liberación.

Liberación: consigna de la hora. Después de haberlo tenido en la Revolución Mexicana, «El Generalito» también ocupa un lugar en la República Española. Su círculo político lo fue, ni más ni menos, que el de Manuel Azaña. Las inclinaciones del mexicano múestranse desde temprano. Así, el 28 de abril de 1926, con el pretexto de exponer a sus lectores de ultramar

«Aspectos de España», hace clara propaganda ideológica. Transcribo algunas partes de interés no sólo arqueológico:

¿Qué importancia puede tener para la vida pública española la aparición del manifiesto de los grupos republicanos, papel que circula hoy por Madrid, impreso y distribuido clandestinamente? ¿Se tratará tan sólo, como afirman algunos, de una nueva voz articulada en el vacío? ¿Será, como anuncian otros, la base coordinadora de actos inminentes? El espectador, que no quiere formular su propio juicio, sino adelantarse curioso a lo que pueda ocurrir, se queda perplejo frente a las distintas opiniones.

De lo que se escucha, sin embargo, se saca en limpio una conclusión que alienta y guía. No todo es en España escepticismo o abandono ante la falta de una política cabal y de normas legales. Por debajo de la indiferencia visible en las grandes masas hay fuerzas que se agitan sin descanso (...). Es como si existiera alerta un germen capaz de fecundar de pronto la sensibilidad, ahora atónita, de grandes porciones del pueblo de España, y como si ese germen estuviese haciéndose sentir sin reposo, aunque intermitentemente: sus manifestaciones, pasajeras o mínimas a la simple vista, podrían ensancharse hacia abajo, cual los islotes, que son montañas submarinas.

Discurría, insisto, 1926. El 2 de febrero de 1931, escribe a Reyes:

¡Viva la República, aunque no venga nunca!

Acerca de la preeminencia que, llegada la República, llegó a gozar Guzmán, danos noticia Vasconcelos:

Martín Luis Guzmán fue por unos meses el niño mimado de la República Española. Escondió a Azaña en su casa cuando el león moribundo de la Monarquía daba sus últimos zarpazos, y en gratitud y recompensa el Azaña ministro le mostraba consideración pública, le tenía de confidente y consejero. Pronto entró de lleno a los negocios y a la acción política. Con una mano administraba el diario famoso del partido gubernamental, *El Sol*, y con la otra firmaba memorándums para el despacho de uno o dos ministerios, donde se le atendía con premura. La oposición empezó a enconarse contra el mexicano intruso y no le valió adoptar la ciudadanía española². Una noche, un grupo de desconocidos propinó terrible paliza a uno que se le parecía. Y, sin embargo, no creo que Martín ejerciese influencia maléfica. Sus experiencias en lo de México y su talento hacían de él un moderado. El mismo Azaña lo era.

Yo nunca me canso de repetir esta anécdota. A la postre de una larga conversación, Azaña anota: «A Guzmán le interesa la política más que a mí». Empero, Guzmán no sigue la suerte de Azaña. Lo abandona en 1936 como antes, en México, había abandonado a Pancho Villa y a Adolfo de la Huerta.

Viaje

Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). Los días madrileños del dominicano y, para nuestra cultura, mexicano Henríquez Ureña, no difieren de los

² En su momento recupera la mexicana.

que devengó en Cuba, la ciudad de México o Buenos Aires: horas de estudio. Viaja a España en 1917 y 1920, reencontrándose con Alfonso Reyes (su, en tanto Mentor, dilecto Telémaco). Durante la segunda visita labora en el Centro de Estudios Históricos, bajos de la Biblioteca Nacional, número 20 de Recoletos. Su póstuma *Obra crítica* (1960), recoge dos libros sobre el país: *En la orilla, mi España* (1922) y *Plenitud de España* (1940). Un par de notas entresaco del primero: una sobre España, otra sobre Madrid. España:

Si llegamos, sobre todo, de países en que dominan otra lengua y otra civilización —aunque sea de Francia—, creemos estar de regreso en la patria: Cádiz y Santo Domingo son, para la imaginación excitada, una misma ciudad: los muelles de Barcelona se confunden con los de la Habana o sus avenidas con las de México; el Mediterráneo es, para el deseo visionario, el Caribe.

Madrid:

...la ciudad de las intrigas palaciegas, de las guerras literarias. Es la enemiga de los grandes caracteres: de Quevedo como de Giner. Su antología llevará enredos de Lope, malicias de Tirso, amarguras de Alarcón... Pero llevará también las fiestas de Manzanares y del Sotillo, los paseos de la calle Mayor, las romerías de San Isidro y, como preseas y coronas, las fondas, los paisajes que pintó Velázquez y las escenas campestres que pintó Goya.

Comparto del todo la primera estampa; juzgo libresca la segunda. Acevedo pese a su fracaso, y Reyes y Guzmán (de ahí su éxito) si estuvieron en el secreto de Madrid y sus «gatos» (las dos especies, la animal y la humana). Pedro Henríquez Ureña, metido en folios y folios, no.

Paseo de celebridad

José Vasconcelos (1882-1959). Oriundo del estado de Oaxaca, al sur de México, Vasconcelos comparte con Benito Juárez y Porfirio Díaz, las dos figuras mayores de la segunda mitad del siglo XIX mexicano, algo más que el lugar de origen. Cito la voluntad de poder, mando, dominio. Al igual que Guzmán y Henríquez Ureña, dos son las ocasiones en las que se encamina a España. A diferencia de Acevedo, Reyes y Guzmán, que lo hacen en años de formación, Vasconcelos pisa las calles de Madrid nimbado de una intensa aureola: Ministro de Instrucción Pública en el gobierno de la Convención (aquel, presidido por Eulalio Gutiérrez, que se quiso tercera vía frente a Carranza y Villa); Rector de la Universidad Nacional en 1920-1921; creador de la Secretaría de Educación Pública (aquella que, durante el gobierno de Alvaro Obregón, llevó la revolución al sistema edu-

cativo); «Novio de América» (cursi bautizo debido a Gabriela Mistral); víctima de la persecución de Plutarco Elías Calles, el sucesor de Obregón; inevitable candidato a la Presidencia de la República (animado por un doble manifiesto: maderismo, ateneísmo). Etcétera.

Del primer paseíllo, tiempos de la dictadura (o dictablanda) de Primo de Rivera, da cuenta minuciosa (y temperamental, ¡sólo eso faltaba!) en sus memorias: «La odisea española», «Mi España», «Madrid», «El gran Cisneros», «Las tertulias» (frecuenta en realidad dos: la de *Regina* y la del apenas abierto *Café Granja El Henar*); «El escándalo», «Ávila», «Sevilla», «Zurbarán y Don Juan», «Granada», «Valencia», «Danza bajo las estrellas», «Barcelona», «Montserrat», «Mallorca». Advierte, en la arquitectura religiosa, aquella que no estudió Acevedo, «la diferencia que va de la metrópoli a la colonia»; declarándose enemigo del café, divino elixir; gusta de la luz y la vitalidad de Madrid. Lo del «escándalo» se refiere a su condición de manzana (símbolo) que disputan republicanos y monárquicos. Alfonso Reyes ya se encuentra en París. Pero queda Guzmán.

En una de sus crónicas a *La Prensa* de San Antonio, Texas, el autor de *La querrela de México*, recoge tanto las condiciones de vida del ilustre exilado como el recibimiento que se le tributa. Condiciones de vida:

Mirando a través del magnetismo de la humildad exterior de Vasconcelos se aprecia mejor. ¿Qué funcionario nuestro, de oficial mayor hacia arriba, no se cree con derecho a tren espacial? ¿Cuál, si viaja por el extranjero, no espera hospedarse, llegado a Nueva York en el *Hotel Ritz-Carlton*; a Londres, en el *Savoy*; a París en el *Grillow*? Vasconcelos (...) llega a Madrid, donde sabe que se le espera, y no se aloja en el *Hotel Ritz*, ni en el *Palace*, ni siquiera en el *Reina Victoria* o el *Alfonso XIII*, o más abajo aún en el *Málaga*, el *Cervantes* u otro así. A quienes preguntan por su dirección, se les responde: «Calle de Luchana 36, segundo piso, izquierda». Y hay que tomar el subterráneo hacia Cuatro Caminos, llegar a un barrio popular; inquirir de un portero que ni conoce a Vasconcelos ni sabe si está en casa, y subir por fin hasta una antesalilla amueblada con dos sillas, un perchero y una mesa de comedor.

Duras condiciones por las que pasaron Acevedo, Reyes y el propio Guzmán que, en el caso de Vasconcelos, atempera el cálido recibimiento:

La joven intelectualidad española ha dispensado a José Vasconcelos un recibimiento clamoroso. Apareció primero en los periódicos un suelto en que se consignaba, casi sin comentarios, la llegada de nuestro joven maestro de desinterés y generosidad espiritual.

Vinieron luego las breves semblanzas, fragmentarias aunque laudatorias. Y de allí a poco —como se forma y precipita el torrente— surgieron los grandes retratos de primera plana, los artículos firmados, las entrevistas, las caricaturas, las visitas a las redacciones, las copas de champaña, etc.

Imaginémoslos a ambos, Guzmán y Vasconcelos, veteranos del exilio revolucionario neoyorkino, en un bodegón de la Puerta del Sol. Es 1926.